

# CARTA DEL PASTOR

OSCAR BLANCO MARTÍNEZ - OMD  
OBISPO DE PUNTA ARENAS



## MEMORIA Y FUTURO

CONSTRUIR EL FUTURO CON UN RENOVADO  
COMPROMISO POR LOS DERECHOS HUMANOS



CARTA DEL PASTOR



# MEMORIA Y FUTURO

CONSTRUIR EL FUTURO CON UN RENOVADO  
COMPROMISO POR LOS DERECHOS HUMANOS

OSCAR BLANCO MARTÍNEZ - OMD  
OBISPO DE PUNTA ARENAS

## INTRODUCCIÓN

*¡La paz del Señor esté con todos ustedes!*

He querido dirigirme a todos ustedes en esta primera carta, no como historiador ni analista, sino como pastor de la Iglesia en Magallanes. Esta reflexión que les ofrezco, tiene los límites de la propia percepción y la riqueza del que habla lo que ha vivido, y no simplemente de lo leído o escuchado. En mi vida soy el resultado del caminar junto a mi familia en el campo y la ciudad, en el trabajo y oración; caminando, también, junto al pueblo de Dios que me ha enseñado a mirar la vida desde la fe en nuestro Señor Jesucristo, que no se cansa de repetirnos: *“sepan que Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de los tiempos”* (Mt.28.20).

El próximo 11 de septiembre es la conmemoración de un acontecimiento que marca la vida de todos los chilenos. Se cumplen cincuenta años del golpe de estado que significó una ruptura de nuestra convivencia democrática durante diecisiete años, junto con una serie de dolorosas violaciones a los derechos humanos en nuestro país y otras consecuencias sociales, políticas y culturales.

Es un acontecimiento que, a pesar de todos los pasos de reencuentro, de recuperación de formas de convivencia democráticas, de justicia y reparación a las víctimas, sigue dividiendo a las personas y a nuestro país; a pesar que alrededor del 80% de los chilenos de hoy no había nacido o eran niños pequeños en 1973. Incluso la manera en que se le nombre es causa de divisiones. Todo lo que suscita esta conmemoración nos muestra que el **“alma de Chile”** lleva una herida que sigue sangrando; se trata de un acontecimiento que toca profundamente nuestras vidas, nuestra convivencia y nuestro futuro.

Quisiera invitarlos a reflexionar sobre lo que nos pasa con esta conmemoración, que intentemos mirar con serenidad cómo toca nuestras vidas y relaciones, y que con la luz que nos ofrece la fe en el Señor Jesús podamos acoger los llamados que nos hace como personas, como sociedad, como Iglesia y como país para caminar juntos, construyendo nuestro presente y futuro con una memoria enriquecida por la experiencia de lo que hemos vivido.

## 1.- HACER MEMORIA

Cuando hacemos memoria de algo, lo que intentamos hacer es rescatar el tiempo vivido para iluminar nuestro presente y mirar con esperanza el futuro que vamos construyendo. La memoria no es sólo el recuerdo del pasado, sino que es una de las herramientas más importantes de todos nuestros aprendizajes vitales, y no sólo por aquellos dichos tan repetidos de que sin memoria volvemos a tropezar en la misma piedra, o que los pueblos sin memoria están condenados a repetir la historia; sino que hacer memoria es la escuela que nos permite leer el sentido de los acontecimientos e interpretarlos, valorar los aciertos y reconocer los errores para corregirlos, de manera que esa memoria histórica es una parte fundamental de nuestra cultura y de lo que podemos transmitir a las nuevas generaciones.

Hacer memoria de estos sucesos vividos hace cinco décadas es, entonces, una exigencia de nuestra vida como pueblo, para seguir construyendo una patria que nos llene del sano orgullo de que es una patria buena para todos.

También, como pueblo, tenemos el deber de hacer memoria como una exigencia de respeto, justicia y reparación ante el sufrimiento de las víctimas directas del golpe de estado y de sus familias. Muchos compatriotas murieron, otros aún continúan desaparecidos, muchos sufrieron la tortura, el exilio, la pérdida de sus trabajos por sus ideas políticas, y diversas violaciones a los derechos humanos. Hacer memoria es una exigencia de respeto, solidaridad, búsqueda de justicia y de reparación ante el sufrimiento de muchos hermanos nuestros.

Hacer memoria de los acontecimientos vividos en septiembre de 1973 es, entonces, asumir que hoy más que nunca tenemos la oportunidad de caminar para ser un pueblo que se reconoce en su historia y quiere seguir construyendo una historia en común que nos humanice y nos

hermane. Es, pues, una exigencia de nuestra responsabilidad de ciudadanos para ir haciendo un país que, con lucidez e ilusión, construye su presente y su futuro.

Por cierto, hacer memoria de los sucesos del golpe de estado de 1973 y sus consecuencias, exige también mirar las causas que llevaron a esa trágica ruptura de nuestra convivencia democrática y, en este punto, se dividen las interpretaciones de la historia. Para unos, el golpe de estado era una necesidad para restablecer la gobernabilidad ante las complejas situaciones políticas, sociales y económicas que se vivían en la sociedad, las que conducirían a un caos total en nuestro país. Para otros, el golpe de estado fue el modo en que los sectores sociales que controlaban el capital, junto a intereses internacionales, frenaron las transformaciones sociales y políticas que impulsaba el gobierno de ese momento y su programa de justicia social.

### **1.1. Hacer memoria nos permite hacer autocrítica**

Ante las lecturas divergentes del acontecimiento, siempre es necesario recordar que los hechos históricos no tienen una causa única, sino que en ellos intervienen y se entretajan diversas causas, motivos e intereses. Uno de los avances en la lectura de nuestra historia es reconocer que todos los sectores políticos, sociales y religiosos tienen que hacer su autocrítica de lo que entonces se vivió. Hacer memoria nos permite hacer autocrítica y, junto con reconocer los aciertos de la propia perspectiva, reconocer los errores, reconocer lo que no se hizo bien y lo que se pudo haber hecho de una mejor manera.

La autocrítica es la condición necesaria para poder mirar hacia el futuro enriquecidos por la experiencia, por eso requiere humildad, lucidez y apertura al bien común. A través de la autocrítica de las diversas posiciones es posible ir encontrándonos en una lectura común de la propia historia, y si bien se han dado pasos muy importantes en los

diversos grupos políticos, instituciones armadas y sectores sociales involucrados, ciertamente aún hay muchos pasos que dar hasta llegar a esas lecturas convergentes de los acontecimientos previos al golpe de estado y posteriores a él.

## 1.2. Buena memoria y mala memoria

Para hacer memoria hay que tener buena memoria, y así establecer -más allá de las propias interpretaciones- una verdad de los hechos que, en lo fundamental, sea aceptada por todos. Esa es la tarea que realizó el Estado de Chile a través de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, la cual en 1991 entregó el informe que contiene la relación de los abusos contra los derechos humanos que ocurrieron en nuestro país entre 1973 y 1990. Hay una verdad histórica de sucesos trágicos que nadie puede desconocer o negar.

Tener buena memoria no es sólo establecer los hechos que ocurrieron, porque la mala memoria no es sólo ser desmemoriado. La mala memoria puede tener varias manifestaciones. La más evidente es el olvido, el cual puede ocurrir porque se considera que no es algo importante de recordar o se apela a una especie de amnesia histórica. Pero, difícilmente podrá encontrarse algún chileno que piense seriamente que lo vivido en ese período hay que olvidarlo porque no es algo importante de recordar. La historia no se puede borrar.

Otra forma de mala memoria, que es más difícil de superar que el olvido, es la negación; es decir, la voluntad explícita de negar los hechos. Este negacionismo supone una clara decisión, por motivos ideológicos, de desmentir la verdad de los hechos acontecidos, particularmente en todo lo que se refiere a las violaciones a los derechos humanos. Es muy lamentable que, a pesar de todo lo establecido por la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, aún existan personas en quienes la mala memoria tiene la forma de la negación. La historia no se puede negar.



También, hay otra forma de mala memoria que es el recuerdo de los hechos, pero desde el rencor. El rencor es una mala memoria porque permanece anclada en las situaciones dolorosas que se vivieron y, en muchos casos, cultivando anhelos de venganza. El rencor mantiene la herida abierta y prolonga el dolor. Es una mala memoria porque impide mirar hacia adelante y buscar caminos de sanación de los sufrimientos de la historia. La historia no se puede detener.

## **2.- SANACIÓN DE LA MEMORIA**

Los acontecimientos vividos con ocasión del golpe de estado del 11 de septiembre de 1973 han dejado heridas profundas en nuestra historia colectiva y en la vida de muchas personas. También son muchos los pasos que se han dado en un camino de sanación: el acompañamiento de diversas organizaciones de derechos humanos y de la Iglesia a las víctimas, el restablecimiento del estado de derecho y del sistema democrático, el reconocimiento por parte del Estado de las violaciones a los derechos humanos, el compromiso asumido por las instituciones armadas con la democracia y el respeto a los derechos humanos, la investigación y juicio a los culpables de esas violaciones, las formas de reparación que el Estado ha intentado dar a las víctimas. Todo eso es valioso e importante. Pero, lo decisivo ante las heridas de la historia es, siempre, una decisión de perdón y reconciliación.

### **2.1. El perdón, una puerta abierta al reencuentro y reconciliación**

El perdón es un acto libre de cada persona, el cual sólo puede brotar de experiencias y convicciones que sean más fuertes que el dolor de las heridas. El perdón tiene dos movimientos: el perdón que se pide y se busca, y el perdón que es generosamente ofrecido. En ambos casos es un acto que brota del interior de cada persona, por eso a nadie se le puede obligar a pedir perdón, y a nadie se le puede obligar a perdonar.

Como decimos corrientemente, el perdón tiene que ser “de corazón”, sólo entonces es posible la reconciliación que deseamos en nuestro país.

Para los cristianos, esas experiencias y convicciones más fuertes que el dolor y que hacen posible el perdón, brotan de la fe en Jesús, quien murió tal como vivió, siempre perdonando: *“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”* (Lc 23,34). Hoy el Señor resucitado nos comunica la fuerza de su Espíritu para vivir en su seguimiento por un camino de perdón y de reconciliación.

Pero también para todas las personas que no tienen el don de la fe, para todos los hombres y mujeres de buena voluntad, así como para todos en cuanto ciudadanos, es posible encontrar esas experiencias y convicciones que mueven al perdón: la experiencia de la fraternidad que nos hermana a todos en la condición humana, la experiencia y convicción de que el mal se vence con el bien, la pertenencia a una historia y una patria común, la búsqueda de construir un país que sea bueno para todos y sin exclusión de nadie, la decisión de confiar en la bondad del corazón humano, la compasión que nos lleva a ponernos en el lugar del otro. Todas ellas pueden ser motivaciones que a todos nos muevan a la humildad de pedir perdón y a la generosidad de ofrecer nuestro perdón.

## 2.2. Dos obstáculos a remover en el camino del perdón

En el camino de la sanación de las heridas por el perdón es importante quitar dos malentendidos que pueden obstaculizar el camino. El primero es pensar que el perdón es una especie de favor que le hacemos a otra persona, cuando en realidad es un favor que cada uno se hace -en primer lugar- a sí mismo, para sanar las heridas del pasado y vivir liberado del rencor que nos amarga y envenena por dentro.

El Señor Jesús nos dice “*ama a tu prójimo como te amas a ti mismo*” (Mt 22, 39). Ese “como te amas a ti mismo” nos señala que el perdón es primariamente un acto de amor a sí mismo, para no vivir atrapado en el dolor de la herida que se mantiene abierta por el rencor o la falta de un perdón “de corazón”. La decisión de perdonar es, en este sentido, la decisión de no permitir que el daño que me hicieron en el pasado sea causa de sufrimiento en el presente.

Un segundo malentendido que hay que remover es pensar que el perdón significa olvidar. Si perdonar significase olvidar, entonces ser desmemoriado sería un valor y la amnesia una virtud. Perdonar no significa olvidar, porque la historia no se puede borrar. Perdonar es mantener viva la memoria y recordar sin rencor. Esto significa que el perdón es la decisión de no llevar cuenta del mal padecido por causa de otros. Precisamente, la decisión de perdonar es hacer memoria, pero sin cuentas que cobrar, y esa es la puerta abierta al reencuentro y la reconciliación. Hoy más que nunca tenemos esa oportunidad.

### **2.3. Una decisión personal y comunitaria**

La decisión de pedir perdón y la de perdonar siempre son decisiones personales y, por lo mismo, libres; pero, también, pueden tener dimensiones comunitarias y sociales, e incluso institucionales, en la medida que es una decisión compartida por los miembros de un grupo o una institución. También, cada grupo o institución puede ir creando un ambiente favorable para que sus miembros puedan ir viviendo el proceso personal del perdón.

Necesitamos, así mismo, una decisión compartida por todos -de un lado y del otro- para desterrar de nuestras mentes y corazones, de nuestros diálogos y discusiones, de nuestras manifestaciones artísticas y culturales, la expresión “ni perdón ni olvido”. Es la expresión de una

mentalidad y actitud que cierra la puerta a cualquier reencuentro y reconciliación; es una mala memoria que nos mantiene a todos aprisionados en un pasado doloroso, y nos impide caminar juntos buscando el bien de todo nuestro pueblo.

### 3.- LA FE DE LOS CRISTIANOS VIVE DE LA MEMORIA

Quisiera recordar, brevemente, a todos los hermanos en el Señor Jesús que hacer memoria es una de las experiencias fundamentales de la fe cristiana. Más todavía, en cierto sentido, la fe cristiana vive de la capacidad de hacer memoria y de acoger en esa memoria la reconciliación que Dios ofrece a todos.

El antiguo pueblo de Dios, Israel, vivió la dura experiencia de la esclavitud en Egipto y, en el siglo XI a.C., vivió la maravillosa liberación del imperio que los oprimía y salieron de la tierra de la esclavitud. Desde entonces, Israel, en la fiesta de la Pascua vive haciendo memoria de los sufrimientos del pueblo en la esclavitud, para celebrar lo que significó esa liberación y caminar esperanzados y fortalecidos en la confianza en Dios: *“recuerda que fuiste esclavo en Egipto y que el Señor, tu Dios, te sacó de allí con mano fuerte y brazo poderoso”* (Deut 5, 15).

El Señor Jesús hace memoria de la historia de su pueblo y desde esa historia anuncia la novedad de que Dios está actuando para ofrecer una liberación a todos los pueblos de la tierra. El anuncio del Reinado de Dios significa hacer presente lo que sucede en la vida de las personas y en el mundo cuando se acoge que el Padre Dios ocupe el primer lugar en todo, como Rey de todo lo creado, y se vive según su Palabra.

Esta novedad que anuncia el Señor Jesús con su vida, con sus palabras y acciones, con su entrega generosa por todos y siempre perdonando, la quiso significar en el Pan y el Vino durante la Última Cena con sus discípulos y estableciendo en su persona una Nueva Alianza de perdón y reconciliación con todos, y les dijo *“hagan esto en memoria mía”* (Lc 22,20).

Desde esa Cena y la muerte y resurrección del Señor Jesús, cada vez que los cristianos celebramos la Eucaristía hacemos el memorial que actualiza el triunfo de la vida entregada de Jesucristo. La Iglesia vive de la memoria de las palabras y acciones del Señor Jesús, para así vivirlas y actualizarlas hoy en el camino de todos hacia el Padre.

Para que no tengamos mala memoria, Jesucristo nos envió su propio Espíritu, el cual es la memoria viva del Señor en la vida de cada discípulo y discípula, y en el conjunto de la Iglesia: *“el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, les enseñará todo y les recordará todo lo que yo les he dicho”* (Jn 14,26).

Los cristianos, somos hijos de la memoria viva del Señor Jesús, y estamos llamados a hacer siempre memoria agradecida de Él a través de nuestras palabras y acciones, a través de nuestro caminar comunitario como Iglesia, y en la huella de Jesús, nuestro Buen Samaritano, ayudar a sanar las dolencias de todos los heridos del camino.

También hoy, este camino de nuestra vida de fe tiene que ser un servicio sincero y real al reencuentro y reconciliación de nuestro pueblo de Chile.

#### 4.- PARA QUE "NUNCA MÁS" ... "HOY MÁS QUE NUNCA"

Durante estos cincuenta años que han pasado desde el golpe de estado de 1973, muchas personas e instituciones han alzado la voz para decir "nunca más" a todos los dolores y sufrimientos que significó el acontecimiento que conmemoramos.

Desde los primeros días después del golpe de estado, la Iglesia ha estado junto a las víctimas de lo sucedido, acompañando dolores, sanando heridas, ayudando con los medios que disponía, ofreciendo su servicio al diálogo, al reencuentro y la reconciliación. Los pastores de la Iglesia en esos años, particularmente el recordado Cardenal Raúl Silva Henríquez, acogieron los sufrimientos del pueblo de Chile, asumieron las tensiones que se generaban y sirvieron con pasión evangélica las esperanzas de nuestro pueblo. También hoy, siguiendo al Señor Jesús, queremos permanecer como los servidores de nuestro pueblo que necesita hacer memoria para que "nunca más" y dar pasos de un verdadero reencuentro que permita avanzar juntos construyendo nuestra historia con esfuerzo, con gozo y esperanzas compartidas.

También, numerosas organizaciones sociales y la mayoría de los grupos y partidos políticos han ido diciendo "nunca más" y dando pasos para que así sea. Lo mismo hay que decir del Estado de Chile que, desde el restablecimiento de la democracia en 1990, ha ido dando muchos pasos para que "nunca más", y lo mismo han manifestado las instituciones armadas del país.

#### 4.1. Por un nunca más fecundo

Es muy importante decir “nunca más”, pero para que sus frutos sean perdurables debe ir acompañado de decir “siempre sí” a lo que nos permite caminar juntos construyendo el hoy y el futuro. Hacer memoria no es sólo mirar el pasado, sino que, acogiendo la experiencia de lo vivido, es construir para todos un presente mejor y un futuro abierto a lo nuevo; es la oportunidad que tenemos “hoy más que nunca”.

Las tareas que tenemos, hoy más que nunca, señalan los principales caminos de nuestra convivencia ciudadana y son, también, los contenidos fundamentales de la educación de las nuevas generaciones de ciudadanos y ciudadanas, para que así los “nunca más” sean fecundos.

Por eso, junto con el nunca más a la ruptura del sistema democrático, tenemos que afirmar hoy más que nunca el compromiso en la defensa y profundización de la democracia y la participación ciudadana.

Junto con el nunca más a las violaciones a los derechos humanos, sea por parte del Estado o de cualquier grupo o institución, tenemos que afirmar, hoy más que nunca, un renovado compromiso en el respeto de la totalidad de los derechos humanos de cada persona, y en el fortalecimiento de la educación en el respeto de esos derechos y sus respectivos deberes.

Junto con el nunca más a la violencia de cualquier tipo en la política, tenemos que afirmar hoy más que nunca el compromiso de respeto al estado de derecho y al diálogo como forma de la vida política.

Junto con el nunca más a la agudización de los conflictos y a la descalificación de otros en la política y en la sociedad, tenemos que afirmar hoy más que nunca el compromiso de la búsqueda de soluciones pacíficas, trabajando por los acuerdos y consensos en el respeto a cada persona o grupo de la sociedad, promoviendo así una auténtica cultura de la paz.

Junto con el nunca más a la pasividad o indiferencia ante las injusticias y la corrupción, tenemos que afirmar, hoy más que nunca, el compromiso de una honesta búsqueda de justicia social -especialmente para los más pobres y vulnerados de la sociedad- como base del bien común.

#### 4.2. La oportunidad del hoy más que nunca

Hoy más que nunca es necesario explicar a las nuevas generaciones -que no vivieron los años de la dictadura o eran niños- que la posibilidad de terminar con la injusticia social depende de que vivamos en condiciones de libertad, y que ello supone tener derechos y sus deberes correlativos. Hoy más que nunca tenemos que llamar a los jóvenes a la noble tarea de cuidar el país de los abuelos y las abuelas, de los que hicieron posible la vuelta a la democracia, y así construir el futuro para los que vendrán después de nosotros.

Hoy más que nunca tenemos que ser capaces de mostrar a las generaciones jóvenes de nuestro país que no se consigue una sociedad más justa con rabia, resentimientos, rencores y venganzas. Por eso, hoy más que nunca, tenemos la oportunidad de vivir y mostrar -especialmente a los jóvenes- que Chile no mejorará a pedrazos o destruyendo todo lo que se pone por delante, sino viviendo responsablemente en el estudio, en el trabajo, y también en el modo de divertirse. Ciertamente, podemos ser un país mejor para



todos, pero si no asumimos, hoy más que nunca, las convicciones democráticas y un renovado compromiso por los derechos humanos de todos los chilenos, existe la triste posibilidad de que se vuelva peor, y entonces puede ser tarde para lamentarnos.

Nuestro país necesita, hoy más que nunca, que las nuevas generaciones asuman los valores democráticos en un renovado compromiso por los derechos humanos de todas las personas, comprendiendo que no basta con la pasión por la justicia para que ésta se realice, y que la historia no comienza con ellos. Por eso es necesario, hoy más que nunca, que todas las fuerzas políticas le hablen claro al país acerca de lo que son, lo que buscan y lo que quieren representar, para que nunca más en Chile se debilite o se destruya la convivencia democrática.

Hoy más que nunca estas necesidades y oportunidades requieren el concurso de líderes políticos, de profesionales de la comunicación, de representantes de la cultura, de autoridades de educación, de autoridades militares, de líderes religiosos y de padres de familia, que podamos testimoniar y transmitir a las nuevas generaciones el deber de buscar -por sobre cualquier bien o interés particular- el bien común y los bienes públicos alcanzados en democracia. Ese bien común que significa, como lo ha recordado el Papa Francisco que “el todo es más que las partes, y también es más que la mera suma de ellas. [...] Siempre hay que ampliar la mirada para reconocer un bien mayor que nos beneficiará a todos” (La alegría del Evangelio, 235).

Esta conmemoración de los cincuenta años del golpe de estado de 1973 es un llamado a todos para hacer memoria y vivir un camino de sanación, comprometiéndonos juntos, hoy más que nunca, a

construir una patria acogedora para todos. Asumir en común este compromiso es la condición para enfrentar creativamente, con los esfuerzos necesarios y con esperanza, los retos y desafíos del tiempo que hoy nos toca vivir.

Al compartir esta reflexión, animo a todos a avanzar en caminos concretos que permitan transformar la realidad de nuestro país y liberarla de los males que la aquejan. Sabemos que la gran mayoría de los chilenos nos encontramos unidos a Nuestro Señor Jesucristo por muchas vías, y el camino mariano lo trazaron nuestros padres de la patria, al proclamar a la Virgen del Carmen como madre y reina de Chile, por eso: "Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios".

Óscar Blanco Martínez omd  
Obispo de Punta Arenas

Punta Arenas, 10 de agosto de 2023



**Diócesis de Punta Arenas**